

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

DIFICULTADES PARA LOGRAR UNA PSICOLOGIA DEL CHILENO

EN DOS oportunidades intentamos realizar en nuestra cátedra libre de Psicoantropología de la Universidad de Concepción, un cursillo que titulamos: "Observaciones para una Psicología del Chileno".

Los oyentes quedaron muy satisfechos.

El profesor no lo estuvo en manera alguna.

Y es que para un antropólogo, la sola idea de establecer una psicología vernácula, local, es un intento que si bien presenta el interés de las tareas difíciles, poco menos que irrealizables, encierra por otra parte un sino negativo desde la partida. Sobre todo para un psicoantropólogo poco dado a sobrevalorar los estudios sociológicos. Los grupos humanos encierran, sin lugar a dudas, una acentuación de ciertos rasgos psicológicos que van tomando un determinado camino por causas tan complejas, pero que nos damos a considerarlos como pertenecientes a un tipo dado de reacciones psicológicas, olvidando que el Hombre es el mismo, sea donde esté, y que si bien las diferencias individuales pueden hacerse menores en países "cerrados", de poca afluencia cosmopolita, nunca logramos establecer un término medio, un común denominador psicológico, suficientemente claro y válido como para poder afirmar que estamos en presencia de una psicología propia del "pueblo", sea francés, inglés, chino o chileno.

Por lo pronto, la Psicología fue definida como "la Ciencia de los Estados de Conciencia"; y en la actualidad, como "la Ciencia de las Reacciones Conductuales". Ahora bien, ¿son éstas las mismas para todos los seres humanos? Bien sabemos que no; que cada hombre es, en sí, un pequeño universo psicológico, donde obran el medio, la familia, el ambiente, las circunstancias propias de cada vida. Ade-

más —y esto justificaría en parte nuestro intento de una psicología nacional— existiría, según el que escribe, una psicología racial.

Hay prejuicios en los medios científicos, relacionados con esto de las psicologías raciales, pues aquello parece involucrar cierto “racismo”.

Pues no pensamos que sea así. El que escribe es un antirracista empecinado, como debe serlo todo verdadero hombre de ciencia. Pero esta misma condición me obliga, también, a reconocer que nada hay en el hombre que no haya estado —y que esté— en los programas de sus genes. Tanto en lo somático como en lo psíquico. Y si en la morfología de determinados grupos humanos es innegable la presencia de determinados rasgos físicos, corporales, así también, existen reacciones propias a determinados grupos humanos que revelan estructuras psicológicas propias. Se nos dirá que ellas se deben a influencias del ambiente. Sin duda, este último tiende a reforzar la psicología racial de determinados grupos. Más aún, a hacer menos palpable las diferencias psíquicas individuales, pero ello no obsta para que la reacción de un inglés no sea la misma que la de un tibetano o la de un español. Se nos dirá que un niño, de cualquier raza que sea, si es aislado en su tierna infancia y colocado en una etnia diferente, se adaptará a esta última de tal modo, que ya no mostrará ninguna huella de su pretendida “psicología racial” primitiva. No estamos tan seguros. “Raspad al ruso —dice un viejo refrán— y veréis aparecer al cosaco”... De hecho la psicología humana, en su variedad, contradicción y complejidad admirables, no es otra cosa —a nuestro modo de ver— sino este intríngulis de factores diversos y entremezclados, que nos hacen pensar cada vez con más certeza de que no existiría la psicología del Hombre, en sí, sino que lo llamado por tal no sería sino una abstracción, una mediana, una resultante de una infinidad de factores diversos y tan complejos como es la Vida misma y todo lo que de ella deriva, comenzando con la vida psíquica.

Si la Psicología ha de enfrentar a un hombre real, debe considerar primeramente: su raza y habitat; su etnia; su medio social. En una palabra, debe enfrentar su CONDICIÓN ANTROPOLÓGICA. De ahí, a nuestro modo de ver, que toda psicología nacional debe ser —necesariamente— una psicoantropología. No en balde, pues, acometimos esta tarea de buscar una manera de fijar los rasgos de la psicología del chileno, como un apéndice de nuestro curso general de Psicoantropología.

Este último tiene por misión informarnos y darnos a conocer el substrato humano fundamental y estudiar lo que, psicológicamente, es común a todos los hombres de la tierra, por el hecho simple (no

tan simple) de ser Hombres. Las psicologías nacionales o regionales, en cambio, apuntarían a mostrar las acentuaciones psicológicas que se han establecido en diversos grupos, sea por obra de la raza —primeramente—; sea por la influencia del medio geográfico-ecológico (habitat); sea por las circunstancias histórico-sociales. Intento apasionante, como dijimos, pero de una validez científica muy relativa, si bien suficientemente legítimas dentro del dominio humanístico. Ahora bien, aquí, como en todos nuestros estudios científicos, no hemos querido saber nada del humanismo, de aquellas cosas: “que los hombres se inventaban entre sí”. Hemos pretendido, en cambio, y en todo momento, ceñirnos a las realidades directas, biológicas, a “las realidades reales”.

Y es aquí también, donde aparecen los obstáculos a que nos hemos referido y cuyo estudio constituye el objeto de este artículo.



Primeramente, y en un acercamiento inmediato al problema, surge el hecho de que este intento es llevado a cabo por un chileno. (Digo, en el caso de intentar una psicología de este pueblo). Un chileno estudiando a los chilenos presenta cierta similitud al ejemplo de Ribot al referirse a la introspección: *Asomarse a la ventana para verse pasar por la calle...* Inversamente, si esta labor es emprendida por un extranjero, provisto de otro “carácter”; sumido y criado bajo otros postulados fundamentales; racialmente “otro” por su sangre, o por la verdadera razón: sus genes, resulta también un contrasentido si las emprende en la identificación de una psicología que le es ajena y que en tantos aspectos no sabrá valorar en su justo sentido, por mucho que conozca o simpatice con el país donde habita.

Luego, esta tarea, aun emprendida por chilenos, puede adolecer de graves errores si el estudioso no ha salido nunca al exterior, si no ha traspasado las fronteras patrias y si ignora algunas lenguas extranjeras. Se ha dicho, y con infinita razón, que conocer una lengua nueva es adquirir un alma nueva. El chileno que juzga al chileno, mientras está “sumergido en la propia salsa”, no sabe en realidad qué es el hombre, cómo reacciona éste en otras partes, y tiende, lógicamente, a establecer un padrón humano que no sería otro que el padrón chileno, con todos los errores de perspectiva que este hecho involucra.

Pero colocándonos ahora en el polo interpretativo opuesto: ¿cuál sería el *pattern* que debería servir de común denominador, si hemos

partido de la base de que el HOMBRE IDEAL es una entelequia, y que él no se halla en parte alguna? Y para el chileno mismo ¿podríamos decir que determinado individuo, o que el habitante de determinada zona de este país es "más chileno" que otro? ¿Qué sentido, qué valor científico puede asistir a una observación semejante?

La verdad es que nada viene en nuestro auxilio ni nuestra justificación al emprender tarea de tal índole. Motivo por el cual —lo dijimos— nuestros alumnos quedaron muy satisfechos con nuestro curso de "Psicología del chileno", pero el que escribe quedó descontento en grado máximo.

Sobre todo, que los rasgos del chileno no son los más frecuentes en las psicologías regionales de otros pueblos. Éstos suelen marcar fuertemente una acentuación determinada. Los nuestros, no. Cada chileno es un pozo de contradicciones y de valores encontrados. Nunca se vio (por lo menos no figura en mi experiencia) otro pueblo en que la escala de valores morales y psicológicos sea tan difícil de establecer, como en el pueblo chileno. Considerado bajo cierto ángulo aparece como un primitivo, como un caso de regresión casi infantil, caprichoso, pueril, irresponsable, cruel, carente de sentimientos, "susciamente humano", mediocre intelectualmente, mórbido en lo instintivo, desequilibrado neuróticamente, de mala índole moral. En otros aspectos, sin embargo, es astuto, ocurrente y vivo de espíritu, compasivo, fiero de sus privilegios e independencia, valioso moralmente, muy equitativo en sus juicios serenos, protector de los perseguidos, lleno de piedad para con el desamparado...

En una palabra, coexisten en él caracteres psicológicos que son humanos, pero que en parte alguna del globo se muestran en esa forma de coexistencia negativa, contradictoria y confusa. Se diría un injerto de caracteres humanos... hecho sobre hombres venidos de otro planeta.

Dura tarea para el psicólogo, el cual sale de la prueba cruelmente fallido y engañado por sus propias conclusiones.

Magnífico ejemplar, en cambio, para el psicoantropólogo, que nos muestra lo que puede producirse en el hombre eterno, cuando éste queda aislado durante una pequeña eternidad del resto de la evolución humana (desde la remota prehistoria) y que continúa estándolo, en cierta medida, dada la posición de América y la configuración geográfica de Chile (cul-de-sac del Globo), sin contar su especialísima historia, donde nadie supo muy bien por qué se independizaba, qué era lo que ocurría, y para qué se formaba un país que no estaba en los propósitos del peninsular, y menos del aborigen...

Estudiar tal problema —lo hemos dicho— es apasionante, y lograr desentrañar las modalidades propiamente chilenas es una empresa no muy laudable desde el punto de vista patriótico. En todo caso, perfectamente inútil desde el punto de vista científico, donde la cibernética psíquica ha llegado a tal avance en su complejidad creciente. Lo único verdaderamente útil residiría en el hecho de poder determinar: EN QUE ESTRATO EVOLUTIVO PSIQUICO SE HALLA ESTE GRUPO HUMANO, PARA ASI SABER A QUE ATENERNOS EN LA CONVIVENCIA HUMANA CON EL, EN SUS REACCIONES, Y EN SUS POSIBILIDADES PEDAGOGICAS, TECNICAS, MORALES Y POLITICO-SOCIALES. Lo decimos, atendiendo a futuros trabajos de futuros investigadores, en una materia que no me tienta en absoluto pero en la cual hemos realizado algunos sondeos, topándonos con las dificultades que anotaremos en este estudio a manera de una pequeña aportación a los investigadores del mañana.



El hombre es el animal más importante en aquello de saber lo que él ha sido, para así poder formarnos una idea de lo que es. El chileno tiene una larga historia antropológica, como los demás pueblos de América; sólo que en éste, y dada la configuración geográfica del territorio (largo corredor extendido de norte a sur) eran más los que entraban que los que salían, y muy pocos los que pasaban a otra parte. Para no decir ninguno.

América, inmensa isla continental, se mantuvo al margen de las migraciones humanas hasta hace unos ochenta mil años (Quizás más). No es el caso de analizar en este somero estudio estas vías de poblamiento. Sabemos que este continente fue ocupado sobre todo por razas asiáticas, mongoloides. El hombre de raza blanca, "cristiano y civilizado", llegado aquí al final de su periplo histórico (un "ayer", en términos prehistóricos) ha influido en estos pueblos solamente en aspectos exteriores, domésticos, "civilizados" (ya que *civilización* es el nombre que damos a la *domesticación* del hombre). Si no enfrentamos e interpretamos al chileno desde el ángulo mongoloide, estamos perdiendo el tiempo, aun cuando sus caracteres actuales, ya americanos, parecen encubrir con éxito su origen asiático en lo psíquico, si bien no tanto en lo somático. Aquellos hombres primordiales, de que nos habla Latcham, de paredes gruesas, que enterraban sus muertos en hileras, separados los hombres de las mujeres, y que se fueron "corriendo" por el litoral hasta alcanzar el Estrecho de Magallanes, en Pali-Alky, hace unos nueve mil años, fueron sin duda el primer estrato

étnico; al que debió precederle por algunos milenios, otros hombres venidos del sur por la vía del Paso de Drake. Mongoloides, también, o, por lo menos, fuertemente mestizados con Neanderthalianos. Lo decimos y lo repetimos, aunque todas las teorías actuales estén contra esta visión. Creemos que hasta los mismos araucanos provienen de ese origen, y no del otro, el venido por Alaska.

Les siguieron, infinitamente más tarde (unos 15 o veinte mil años después) los Canoeros, los mariscadores del litoral; pueblos recolectores que nos dejaron sus famosos "conchales", sus restos de cocina, sus *Kjoekkenmöndynger*... Último resto de ellos fueron los Changos, y algunos pescadores norteños que no nacieron por generación espontánea, y que usaban también la balsa de cueros inflados, y que como todos los hombres se mezclaron y nos dejaron sus características en el norteño, fuertemente teñido de quichua, el que a su vez pasó como por un cedazo al aymará, destruyéndole su bella lengua cunza. Pero esto ocurrió "ayer"... Entretanto, habría que hablar de atacameños, de diaguitas, de gente de los túmulos, de pehuenches, de tehuelches, de chonos (otra "importación" antártica), de onas, yámanas, alikholip, incas, huilliches y picunches, sin contar los mencionados mapuches o araucanos. ¡Una gran ensalada! dirá el lector. Y le responderé que no soy yo quien la preparé sino los antropólogos chilenos, que han extendido hasta tres partidas de bautismo a un mismo pueblo, y que en verdad no saben a ciencia cierta quiénes somos ni de dónde venimos.

Pues... lo más simple es decir que venimos de Asia, de Australia, y de Europa, y que el tiempo transcurrido es demasiado corto para que se hayan constituido nuevos grupos raciales y —sobre todo— nuevos postulados fundamentales y un tipo de mentalidad acorde con lo que ya comienza a estar en uso en el resto de la humanidad. Decir que somos hijos de araucanos y españoles es una piadosa mentira patriótica, para uso de los liceos, pero que no encierra la menor verdad científica ni psicológica. Somos lo menos español de América. Y en cuanto a lo araucano, ellos nos detestan cordialmente... supongo que no por parecernos demasiado.

Y a esto habría que agregar los negros esclavos. En el siglo XVIII había más negros en Santiago, que indios, mulatos o zambos. Pero los indios no amaban a los negros (eran demasiado "correctos" éstos y de buena fe). Comprendían mejor al español, y cuando una española era llevada en un malón por los araucanos, era difícil recuperar a las "cautivas", porque ellas no querían abandonar a sus maridos indígenas.

Encina nos dice por ahí: "Chile es, sin duda, uno de los países actualmente más españoles de América". Y esto no me hace sonreír, porque pienso en los inconvenientes de escribir hasta una avanzada edad. *Ningún* pueblo de América es MENOS ESPAÑOL que el chileno. Ni toros, ni viveza, ni espontaneidad, ni culto del honor. Somos prudentes, flemáticos e incrédulos. Somos más compasivos y ayudadores que los españoles, . . . y sin ningún sentido de la dignidad, por lo mismo que la proclamamos a los cuatro vientos. Además, somos mucho más valientes en lo físico, y mucho más cobardes en lo moral: somos pequeños delincuentes en potencia. Hasta nuestro alcoholismo es heredado del indio y no del español. También la imprevisión y la irresponsabilidad, sin contar la inestabilidad de sentimientos, y un sentido muy laxo de la lealtad. Nada de esto es español. Y adviértase que el autor no se cuenta entre los devotos de España.

Mal podríamos emprender la lista de las dificultades que ofrece nuestra psicología, si no partimos de un hecho fundamental: la psicología de un pueblo es un fenómeno social, y si este fenómeno social apunta a conductas, ideas, reacciones, es porque él deriva de una cultura propia. Tratemos, pues, de analizar someramente lo que podríamos entender por "cultura chilena".

La cultura es, sin duda, un comportamiento aprendido, por iniciativa propia o por imitación. Para esto se requiere que exista una sociedad. Sin embargo, sociedad y cultura, no son lo mismo. La sociedad requiere del *esprit de corps*. Lo que no obsta para que *una sociedad sea una población permanente de gentes que actúan de acuerdo con una cultura*. Ya hablamos de los postulados fundamentales, que, a su vez, se dividen en postulados *existenciales* y postulados *normativos*. Existenciales, o sea: naturaleza y fin de la existencia, Dios y destino del hombre, etc. Y los normativos: qué es bueno y malo, qué merece recompensa y castigo, etc. En una palabra, la visión que tiene un pueblo determinado sobre el mundo y la vida, la *Weltanschauung*, de los filósofos alemanes.

¿Posee el pueblo chileno, como pueblo, una *Weltanschauung*?

Temo que no. Es cierto que recibimos los postulados propios de nuestra herencia latina. Es verdad también que el aborigen tenía los suyos. Pero de la transculturación de ambos ha resultado un producto estéril moralmente: sin vertebración ni estructuración moral de ninguna especie; quizás por el poco tiempo transcurrido en nuestro devenir histórico-social. Son pocos, en este pueblo, quienes poseen una visión moral de la vida o, mejor, una moral propia por la cual rigen sus actos. La religión, aquí, o es superstición o es adhesión a una suerte de "partido". La visión del mundo es inmediata, y en manera algu-

na trascendente. En la defensa de sus ideales y principios, el chileno es pueril. Las huelgas son desfiles de gentes sonrientes, divertidas por la circunstancia, que no toma en serio (salvo los dirigentes) ninguna razón de las que ahí se exponen. También, y otro tanto, ocurre en los hogares en lo relativo a la enseñanza moral. En los viejos tiempos, esta era "a la española". O sea, *la moral del gendarme*, coercitiva, sin punto de delicadeza interior ni de toma de conciencia moral personal. Ahora no existe ni aquello.

Igual fenómeno, que acredita la ausencia de una cultura propiamente nacional, está en la producción literaria chilena. Nunca figura en ella un tema relacionado con algún conflicto religioso o de conciencia moral. Cuando despunta el problema psicológico es siempre al margen de la moral. La Justicia de nuestro país es una ilustración más. Simple robot cibernético del Código Penal, parece no saber ni respirar otra atmósfera que la estrictamente jurídica. Y esto, cuando la respira...

En la estrechez de visión de nuestros estadistas (generalmente limitada al solo aspecto económico), en la falta de verdaderas vocaciones, científicas u otras, vemos ese exterior sin alma interior, ese actuar "porque sí", tan propio de los individuos y de los pueblos que no han logrado aun producir *un factor aglutinante*, un propósito, un ideal, una finalidad nacionales que encauce todos los propósitos en uno solo. Vivimos aún en multiplicidad y no hemos logrado ni remotamente la unidad. De ahí, a nuestro modo de ver, las contradicciones tan sorprendentes que presenta el carácter del chileno. Si bien este hecho no lo explica todo: hay un substrato instintivo, nada favorable a mi juicio, que sirve de tónica a diversas manifestaciones, las que pueden ser muy positivas y meritorias en muchos casos, pero que llevan no obstante un signo negativo que es la contrapartida tan vieja de la conocida: "condición humana"... la que acá se manifiesta como si ella se hubiera desprendido —como decía Keyserling— desde algún Tercer Día de la Creación.

En el próximo artículo veremos en qué consisten estos rasgos.



Si lo que se busca es una psicología regional, y en cierto punto, racial, fundada en la herencia psicológica, nada mejor que los instintos básicos para hacerla presente.

Veamos, pues, los instintos básicos de: conservación, alimentación y reproducción, como exponentes de la contradicción fundamental de la psicología del chileno.

Sabemos que las especies, y con ellas los individuos, llevan consigo en forma plasmática, heredada, mecanismos encaminados a hacerlos evitar todo peligro, a hacerlos subsistir, a mantener —como decía Sherrington— “esa empresa ininterrumpida de conservación y funcionamiento”, que es el organismo viviente.

Esas conductas primigenias se diría que en el chileno están embotadas, atrofiadas. Se diría que él no realiza el peligro. En su imprevisión habitual, entra en un bote con más pasajeros de los que él puede conducir; como piloto aéreo, planea a alturas donde seguramente le espera un peligro, pues aquello va contra todas las indicaciones de vuelo; maneja sus autos sin control alguno, ni la más remota precaución ante el peligro que puede en cualquier momento salirle al paso. Como dije por ahí: *El chileno es un suicida empecinado, un hombre en quien su muerte le está ocurriendo durante toda su vida*. Lo vemos en sus borracheras, en sus comilonas pantagruélicas en hombres que deberían estar preparándose para combatir el infarto... Sea en las fábricas, en las minas, en el habitar casas derruidas y en peligro, por algún terremoto cercano, el chileno ríe y deja pasar el tiempo sin tomar ninguna precaución.

En cambio, posee un tipo de instinto de conservación muy desarrollado: el de conservación mental, que solemos llamar: “amor propio”. Sea porque en él es endémico el complejo de inferioridad, y la envidia agresiva y eminentemente destructora, la conducta consiguiente va encaminada generalmente a rebajar lo más posible al adversario, y a remontar lo más posible su propio yo. En el bajo pueblo —donde se lo denomina: “La fiereza orgullosa del chileno”— llega hasta el paroxismo de una petulancia que, en ocasiones, no admite serenamente la menor contradicción a sus pareceres y caprichos.

Hay otro aspecto del instinto de conservación, que en el dominio moral denominamos *el valor y la cobardía*.

En el ejemplar humano sometido a nuestro estudio, se ha dicho que el valor es grande. Hay infinitas pruebas de la historia de este pueblo que viene a testimoniarlo. La verdad es que nos hallamos frente a un tipo de hombre poco imaginativo que, como hemos dicho, no “realiza” el peligro, lo que hace que el valor sea el único móvil aparente en los casos de conducta corajuda. De hecho, es extremadamente violento y capaz de las hazañas más increíbles si lo animan sentimientos de ira y venganza. Y esto, en gran contradicción con su actitud habitual, cuando se encuentra “en frío” emocionalmente acusando entonces una gran tendencia al pánico. Aquel pánico animal e irreflexivo que, en las caballadas, llamamos “estampida”...

En lo moral, sí, que no hay contradicción ninguna: estamos ante un caso de cobardía moral congénita. Actitud íntimamente relacionada con su espíritu socarrón, poco dado a las creencias de cualquier índole, a los ideales, y a las conductas desinteresadas.

Esto, por lo que respecta al instinto propiamente de conservación.

En el instinto alimenticio, a manera de los primitivos, es ayunador y glotón. Caprichoso en la distribución de sus horas de comida, como lo es el animal libre. No tiene la menor idea del valor alimenticio de sus alimentos: ingiere fideos, o le da té puro a sus bebés, y esto, cuando no les convida Cola de Mono... Carece de un arte culinario. La llamada "cocina chilena" es un conjunto de materias primas aderezadas, a veces, a la manera de España (¡otro desierto de la gastronomía!). Las humitas, el luche, el cochayuyo, el charquicán, son guisos indígenas muy buenos y originales, pero no son de creación chilena. Y el resto, es común con la América y España. Como sea, no aprecia la finura de las comidas sino el que éstas "sean abundantes". Asimismo, subordina la comida a la bebida.

En general, podemos decir que el instinto alimenticio del chileno está en franca desintegración, y no por obra de la herencia indígena, pues éstos tenían un verdadero y acertado método de alimentación, sino por una suerte de orfandad en sus postulados fundamentales: pueblo que no es pueblo y que no tiene regla ni tradición para llevar normas de vida probadas, aceptadas y tradicionales dentro de todo el grupo social.

Del tercer instinto, el de reproducción, podemos observar que el chileno pasa una larga etapa de sexualidad infantil, donde hace lujo de sus tendencias homosexuales "naturales". Rara vez patológicas. Y es por esto que en cuanto logra madurar (bastante tarde, entre los treinta o treinta y cinco años) funda indefectiblemente un hogar, tiene hijos, pero sigue comportándose como soltero. Sea en sus frecuentes retornos pasivos a la sexualidad adolescente, sea en una irresponsabilidad regalona y consentida de niño mimado. En general su sexualidad se excita, no por razones estéticas sino mórbidas. De ahí la abundante delincuencia sexual que se observa entre ellos. En él no priman ni el sexo-afecto, ni el sexo-estético, ni el sexo-voluptuoso, sino el sexo-morbo. Sin ser afeminado, es esencialmente pasivo en sus goces: aun con las mujeres, las que desde los tiempos de la conquista se quejaban de sus maridos y los abandonaban gustosas para entrar en concubinato con el conquistador.

En una palabra, estos instintos fundamentales se presentan en tremenda contradicción, lo que no ayuda para fijar una norma o característica psicológica de este grupo humano. Cuando más podría decirse

que sus características son primitivas y propias de los pueblos en situación geográfica aislada, de tipo insular. Hay ausencia de postulados fundamentales, como dijimos, y una falta de educación por carencia de tipos ejemplarizadores (Mejora el chileno cuando está bajo comando extranjero —Cochrane—). Las reacciones, en general, acusan un tipo evidentemente neuropático. Tienen una vaga conciencia de esto, y por lo mismo aborrecen de que se trate el tema y de que se les hable del asunto. Para eso tienen a flor de labios su famosa "hombría" (*too good to be true*), su actitud socarrona que todo transforma en chiste, y aquel falso delirio que hace de sus respuestas una tremenda confusión mental, como si extendiera sobre sus intenciones una inmensa cortina de humo...



Dijimos que los instintos son los mejores exponentes que, en el dominio psíquico, acusa la herencia plasmática. Los instintos son *genuinos*, en el sentido etimológico, y como tales desbordan sobre las influencias del medio, los tipos individuales, y otros aportes del medio social.

La cultura, no obstante, es —entre otras cosas— aquella reacción psicosocial que permite pulir, corregir e, incluso, refrenar los instintos, en homenaje a determinado postulado fundamental. Este "frenar" se llama, en fisiología, *inhibición*. Es un producto de los lóbulos frontales, de la parte analizadora y frenadora del córtex, la cual es también, la última en el proceso evolutivo; queremos decir la de aparición más reciente entre las adquisiciones evolutivas del encéfalo. Las inhibiciones pueden ser producto de la voluntad, en los pueblos evolucionados, o simplemente, mecanismos internos, de autoinhibición, como los que provocan el instinto de conservación, el miedo, etc. Un "carácter rudo", es el de un individuo poco dado a las inhibiciones, pero también muy expuesto, por lo mismo, a las rudezas de los demás. Como vemos, hay en este proceso de la inhibición un buen reactivo para tratar de fijar algunas características de una psicología racial o regional.

Los chilenos son pozos de inhibiciones. No tanto por un aporte cultural, obediente a la voluntad (en este aspecto, son "poco controlados") sino por un juego de sus instintos, sabiamente administrado a fin de no comprometerse en exceso con el medio social. Ya dijimos que el chileno, siendo grande su valor psíquico (me refiero a la valentía y no a una escala de valores), es un perfecto cobarde moral.

De ahí los reajustes a que nos referimos, a fin de que sus instintos no le vayan a jugar una mala pasada.

La actitud del compatriota es generalmente "reservada". Termino que cuenta con inmenso beneplácito social, y que en el fondo no es sino un esfuerzo nada meritorio para esconder o aniquilar la personalidad. De ahí el terror a emitir opiniones, a distinguirse en cualquiera actitud: risa fuerte, gracia natural, excentricidad de cualquier especie. De ahí también su terror a reclamar de algo, sea en la calle o en el autobús. Puede estar sofocado en verano, con todas las ventanillas cerradas. Pero moriría antes de reclamar para que sea abierta alguna. El cantar en coro fue, también, una adquisición tardía. Durante siglos fue imposible oír cantar a los chilenos, porque aquello "llamaba mucho la atención y no estaba bien".

Existe, también, un pudor enfermizo del "Yo", sea en la conversación, sea en literatura. Lo docente, lo de buen gusto, es desaparecer, dejar los libros y los artículos —si fuera posible— anónimos. Por algo abunda el pseudónimo. Nuestros dos más grandes valores literarios, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, no se llaman así sino de otro modo, que ahora está tan encubierto, que casi nadie sabe cómo se llaman de verdad. No poco de la impopularidad del que escribe estas líneas, estriba en que jamás disimuló sus ideas ni su nombre. Tal actitud reviste, para el chileno, el carácter de un desafío y de una insolencia, que no sería tal en ningún otro pueblo del mundo. Pero éste es un pueblo "virtuosamente inhibido", y contra tal actitud, constituida en mérito, no hay nada que hacer.

La cortesía en la clase media o provinciana, es aquí excesiva. Ella, sin embargo, no encierra ninguna actitud benévola ni afectuosa para con quien se ejerce. Es simplemente una nueva inhibición. Un refrenar los verdaderos sentimientos bajo una máscara común, que invalidará los peligros, novedades o indiscreciones, que el recién llegado podría acarrear. De ahí que al tener relaciones sexuales, se le llame acá: "tener amistad"; que al mozo haya que llamarlo en francés: garzón; que la voz chilena y el lenguaje todo sea "chupado", débil y tímido, en sus respuestas. El hablar del argentino lo encontramos petulante, simplemente porque es entero, con voz llena, con inflexiones, y de una construcción gramatical que supone un sujeto y un atributo. Nosotros apenas terminamos la frase, y en general la mascullamos. Es un lenguaje inhibido desde su base.

En Literatura, este horror al Yo llega a tales extremos que, un buen día, reparando en un escaparate el libro de mi excelente amigo José Santos González Vera: "Cuando era muchacho", le observé que su título no tenía sujeto. ¿Cuando era muchacho quién? —pregunté—.

Pues... yo, me contestó. No lo dice tu título, pues podría ser él, una tercera persona, objeté. —¡Ah —me contestó— es que es tan feo poner yo! Quedé estupefacto ante tal inhibición, para mí, casi patológica. —¿Por qué no le pusiste entonces a tu libro: "Cuando fui muchacho"? Así evitabas ambas cosas... —Se encogió de hombros.

Esta inhibición continua del chileno está en franca contradicción con muchos aspectos espontáneos de su carácter. Si bien —y para quien lo conoce de cerca— la tal espontaneidad es "de exportación" y siempre apunta a dominios de la circunstancia que son comunes con los del ambiente y que en nada comprometen su yo íntimo.

Y es peligroso un carácter así, constituido por la inhibición continua de todo un pueblo. Es como tener sobre el fuego una olla a presión, que no retiramos jamás de la llama, ni le damos tampoco salida al vapor. Esta tensión interna se observa de continuo en la cara ceñuda del chileno, en su aspecto malhumorado, en la facilidad para encolerizarse y tomar por el mal hilo de la madeja cualquiera broma o livianura del espíritu. Es un pueblo muy capaz de entrar "en combustión espontánea", y esto lo vemos de tiempo en tiempo en manifestaciones políticas destructoras, donde cada acto poco tiene que ver con lo que se persigue. Aquello se desvía de inmediato en otro sentido: el sentido casi físico de la tetera del ejemplo que, por fin, encuentra una válvula de escape para su continua presión interna.



Una psicología completa del chileno, además del estudio fundamental de sus instintos y de sus inhibiciones, debería atender muy particularmente a su lenguaje. No que en Chile hablemos un idioma particular, pero sí una forma idiomática provista de un corte mental, de una sintaxis, y de una selección de neologismos, que informan de manera muy instructiva sobre esta psicología regional o nacional. El chileno se expresa con apocamiento, con temor, abrevia sus frases, a menudo las deja inconclusas, sin sujeto. Rara vez afirma; ni su *sí* ni su *no* encierran verdaderas afirmaciones o negaciones. Es una modalidad muy particular, la suya, que la Academia Chilena de la Lengua no parece haber tomado en serio, siendo la función de esta Academia muy principalmente, la de estudiar, destacar y pulir el lenguaje que le va floreciendo en torno.

La afectividad, debería ser otro sujeto importante de estudio, sobre todo en las modalidades de amor-enamoramiento, amor-ternura, deli-

cadeza y lealtad. Todos ellos, valores en los que reina gran confusión, dentro de la conducta del chileno.

Su adaptabilidad, como pueblo, a nuevas normas de vida (Jornada única, etc.) y su éxito o fracaso como colectividad frente a las nuevas maneras internacionales "de usos y costumbres" de la humanidad, es otro sujeto apasionante para una futura psicología del chileno.

El viejo problema de la inteligencia, sea en lo tocante a las contribuciones intelectuales de Chile al mundo, sea en los ángulos nuevos de visión de que serían capaces los chilenos, nos abre la puerta a una serie de dilemas sobre la capacidad mental, mayor o menor, de nuestros compatriotas.

Los diversos grados de Tensión Psicológica —problema tan íntimamente ligado a los trastornos psiquiátricos— merecería un estudio dentro de las modalidades psíquicas de los chilenos, que sirviera para determinar su grado de salud mental, de perseverancia en sus actos, de agitación inmotivada, y de esa ausencia de *relax* general.

Por fin, el sentido estético del chileno, por una parte, y su facilidad o dificultad para ser presa de una creencia, terminarían dándonos un cuadro nada despreciable de las modalidades psíquicas específicas de este grupo humano.

Pero sea cual fuere la extensión, profundidad o agudeza de los estudios que se emprenda, todos ellos deberán partir, primeramente, de las dificultades que aquí anotamos y que —como dijimos— estriban sobre todo en la continua contradicción de la psicología sudamericana en general, y de la chilena en particular. No en balde el carácter chileno es un azote y una carga pesada para infinitos compatriotas que viven en continua queja contra nuestras propias modalidades, mientras el extranjero nos alaba y se place entre nosotros, hasta el punto de no querer regresar a su tierra de origen y de aceptar gustoso establecerse en la nuestra. Es decir, precisamente el fenómeno inverso del que se observa en otras psicologías regionales, donde el extranjero abomina de las modalidades extrañas, y sólo gusta de las de su propio país, como es lógico que ocurra. ¿Por qué, hasta en esto, está trastocada la lógica entre nosotros?